

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

La puerta de la ciudad.

MARIANA, *tapada*, ISABEL y FRAY PEDRO *en su puesto, esperando la llegada de la comitiva. Salen el DUQUE, VARRIO, NOBLES, ANGEL, ÉSCALO, LUCIO, ALCAIDE, EMPLEADOS, y CIUDADANOS, por varios lados.*

DUQUE. Muy noble primo, bien hallado seas.

Me alegra el verte, antiguo y fiel amigo.

ANG. } Vuelva feliz tu Alteza, y con ventura.
ESC. }

DUQUE. Mil y sinceras gracias doy á entrambos.

Tomé ya informes, y oigo elogios tales

De tu gobierno é integridad, que el alma

No puede ménos de exigir que premie

Pública gratitud tu noble celo,

De galardón más ámplio precursora.

ANG. Con nuevos lazos mi lealtad obligas.

DUQUE. Alto habla tu virtud; y fuera injusto

Guardarla oculta en mi escondido pecho,

Cuando merece hallar, grabada en bronce,

Firme reparo contra el diente agudo

Del tiempo y la guadaña del olvido.

Dame la mano; y que esto el pueblo vea;
 Y sepa que esta externa cortesía
 Alto proclama mi íntimo cariño.
 Ven, Escalo, y á esta otra mano llega.
 Firmes arrimos sois.

(Se adelantan Fray Pedro é Isabel.)

FR. P. (Aparte á Isabel.) Llegó el momento:

Háblale recio y póstrate de hinojos.

ISAB. ¡Justicia, oh noble duque! El ceño vuelve

A esta ultrajada... iba á decir doncella...

¡Ay! ¡quién pudiera! ¡Oh, príncipe preclaro,

No deshonres tu vista con fijarla

En otra cosa alguna, miétras no oigas

Mi justa queja, miétras no me otorgues

Justicia, sí, justicia, sí, justicia!

DUQUE. Tu ultraje cuenta: ¿en qué? ¿por quién? sé [breve.

Aquí está el conde, y él te hará justicia.

Declárate con él.

ISAB. Oh noble duque,

Del diablo redencion pedir me mandas.

Oyeme tú, pues lo que hablar me cumple,

O á mí me punirá si no es creído

O arrancará de ti venganza cruda.

¡Escuchal ¡óyeme aquí!

ANG. Me temo, Alteza,

Que altera la locura su sentido.

Indulto me pidió para su hermano

Que víctima cayó de la justicia.

ISAB. ¡De la justicia!

ANG. Y suele hablar de acerbo,

Extraño modo.

ISAB. Sí, de extraño modo

Habré de hablar, más con verdad extraña:

Que es Angel un perjuro. ¿No es extraño?

Que es Angel homicida. ¿No es extraño?

Que es un ladron adúltero el tal Angel;

Un hipócrita vil. ¿No es cosa extraña?

Un forzador de vírgenes. ¡Qué extraño!

DUQUE. ¡Extraño? ¡Y tan extraño!

ISAB. Es tan seguro

Como él es Angel que esto todo es cierto,
Tan cierto como extraño. Sí, mil veces
Más cierto aún; que en conclusion de cuentas,
Verdad será verdad.

DUQUE. ¡Llevala! ¡Pobre!

Lo dice en el furor de su locura.

ISAB. Príncipe, te conjuro, por tu creencia

En otra salvacion que la del mundo,
Que no me desatiendas, sospechando
Que altera la locura mi sentido.

No juzgues imposible lo que sólo
Parece inverosímil. ¿No es posible
Que el hombre más perverso de la tierra
Parezca tan perfecto, grave y justo
Como Angel mismo? Pues, no de otra suerte,

A pesar de sus títulos y honores,
Su dignidad y pompa, bien podría
Ser Angel el mayor de los malvados.

¡Oh, créelo, noble príncipe; si es ménos,
No es nada; pero es más, y más seria,
Tuviese yo más nombres para el dolo!

DUQUE. Por mi honra, si está loca (cual lo creo)

Se muestra su locura tan sensata,
Hay tal coherencia entre una cosa y otra;
Cual nunca hallé en locura.

ISAB. No porfiles

En eso, oh noble duque, ni destierres

A la razon por ser contradictoria;

Antes, merced á tu razon, aclara

Verdades que dudosas te parecen

Por la mentira que verdad se finge.

DUQUE. Habla con ménos juicio más de un cuerdo.

¡Qué me querrás decir?

ISAB. Yo soy hermana

De un cierto Claudio, sentenciado á muerte

Por quebrantar el sexto mandamiento;
Sentenciado por Angel. De novicia
En un convento á la sazón me hallaba,
Y me mandó mi hermano un mensajero,
Llamado Lucio...

LUCIO. Yo, si os place, Alteza.

Fuí de parte de Claudio á aconsejarla
Que probase fortuna con el conde,
A ver si perdonaba al pobre hermano.

ISAB. Es él, no hay duda.

DUQUE. (A Lucio.) ¿Quién hablar te manda?

LUCIO. Nadie, señor; pero callar, tampoco.

DUQUE. Pues te lo mando yo; tenlo entendido:

Si alguna vez en causa propia hablares,
Pídele á Dios que te halle el juez sin tacha.

LUCIO. Respondo de ello, Alteza.

DUQUE. De ti mismo

Tendrás que responder; y ten cuidado.

ISAB. Contó el hidalgo parte de mi cuento.

LUCIO. Justo.

DUQUE. Será; mas no estás tú en lo justo,

Hablando cuando no te toca.—Sigue.

ISAB. Fuí á ver al vil y pérfido regente...

DUQUE. Suena á locura esa expresion.

ISAB. Perdona;

Cuadra bien al asunto.

DUQUE. Lo enmendaste.

Al grano, pues; prosigue.

ISAB. En suma, oh duque,

Dejando á un lado ociosos pormenores,

De cómo yo insistí, rogué, postréme,

Cómo me rechazó severo y crudo,

Lo que le contesté; fué cosa larga—

Comienzo á referir el vil remate

Con pena y con vergüenza: me pedía

El sacrificio de mi honor en aras

De su insaciable y pérfida lujuria,

Para librar de muerte al triste hermano.

Tras larga lucha al fin quedó triunfante
De mi firmeza el fraternal cariño;
Y me entregué al malvado. A la siguiente
Mañana á primer hora, en el exceso
De su maldad, mandó por la cabeza
Del pobre hermano.

DUQUE. ¡Es cosa muy probable!

ISAB. ¡Oh, fuera tan probable como cierto!

DUQUE. ¡Necia, ó no sabes, vive Dios, qué dices,
O sobornar por odio vil te dejas
Para infamar su honor! Primero, mancha
Alguna empaña su entereza; luego,
Fuera locura creer que persiguiera
Con tal vehemencia un vicio en que él incurre.
Si él hubiese ofendido de esa suerte,
Juzgado hubiera por sí mismo á Claudio;
Mas nunca le matara. Alguien te instiga;
Confiesa la verdad: ¿á cuya instancia
Viniste aquí á quejarte?

ISAB. ¡Y esto escucho?

¡Oh, entónces, séres puros de allá arriba,
Dadme paciencia, y á maduro tiempo
El crimen revelad que aquí se emboza
En alto amparo! Así te guarde el cielo,
Cual no creida parto y sin consuelo.

DUQUE. No dudo que gustosa partirías.—

Que venga un alguacil. Llevadla presa.
¿Cómo he de permitir que ruin se cebe
Tan vil calumnía en deudo tan cercano?
Por fuerza aquí se oculta alguna trama.
¿Quién supo de tu intento y tu venida?

ISAB. ¡Ay! ¡estuviera aquí! Fray Ludovico.

DUQUE. Sin duda, un confesor. ¿Quién le conoce?

LUCIO. Alteza, yo; es un fraile entremetido:

Su traza no me gusta; pues, si es lego,
Por ciertas frases que insolente dijo
Contra tu Alteza cuando estaba ausente,
Le zurro de lo lindo el otro día.

¿Y no te ríes, Angel? ¡Dónde llega,
Cielos, la vanidad de torpes necios!
Dadnos asientos. Ven, ilustre primo.
Seré imparcial en esto; en propia causa
Sé tú tu juez.—¿Es el testigo, fraile?
Que ántes la faz enseñe, y hable luego.

MAR. Perdon, señor; no enseñaré mi cara
Hasta que mi marido me lo mande.

DUQUE. ¿Qué? ¿sois casada?

MAR. No, señor.

DUQUE. ¿Doncella?

MAR. No, Alteza.

DUQUE. ¿Viuda entónces?

MAR. No, tampoco.

DUQUE. Entónces no sois nada,
Ni viuda, ni doncella, ni casada.

LUCIO. Señor, será tal vez ramera; pues muchas
de esas no son ni doncellas, ni viudas, ni ca-
sadas.

DUQUE. ¡Haced que calle el necio! Bien quisiera
Que tuviese que hablar en causa propia.

LUCIO. Bien, Alteza.

MAR. Confieso, Alteza, nunca fui casada.
Tambien confieso que no soy doncella;
Me conoció mi esposo; mas mi esposo
Ignora que jamás me conociese.

LUCIO. Estaría borracho, entónces, Alteza; no
tiene otra explicacion.

DUQUE. Y estuviéraslo tú tambien; al ménos calla-
rias.

LUCIO. Bien, Alteza.

DUQUE. Eso no es testimonio en contra de Angel.

MAR. Ya irá saliendo. Aquella que le acusa
De quebrantar el sexto mandamiento,
Acusa al mismo tiempo á mi marido,
Y cita un hora, Alteza, en que bien oso
Atestiguarlo, estaba él en mis brazos
En el arrobo del amor más tierno.

ANG. ¿Culpa á álguien más que yo?

MAR. No, que yo sepa.

DUQUE. ¿Pues cómo? ¿no dijiste que á tu esposo?

MAR. Precisamente, Alteza; y ese es Angel;

Que cree saber que nunca usó mi cuerpo.

Y en cambio cree que de Isabel gozara.

ANG. ¡Esto es calumnia vil! A ver tu rostro.

MAR. Lo manda mi marido: me descubro.

(Se quita el velo.)

Angel cruel, esta es aquella cara
Que me juraste un tiempo que era digna
De ser mirada; esta es la misma mano
A que enlazaste en santa union la tuya.
Este es el cuerpo que arrancó la presa
De brazos de Isabel, y en tu emparrado
Sació tu afan en su soñada forma.

DUQUE. ¿Conoces á la jóven?

LUCIO. Carnalmente,

Segun dice ella.

DUQUE. ¡Calle!

LUCIO. Callo, Alteza.

ANG. Me es fuerza confesar que la conozco,
Señor; y hará seis años que se hablaba
De boda entre ella y yo; mas se deshizo,
En parte, porque el dote que traia
No era el pactado; pero sobre todo,
Porque su liviandad dudosa fama
Le iba criando. Desde aquella fecha
Ni hablé con ella, ni la ví, ni tuve
Noticia de ella, por mi honor lo juro.

MAR. Tan cierto, oh noble duque, como brota
La luz del cielo, del aliento el habla,
Como hay en la verdad recto sentido,
Verdad en la virtud, la prometida
Esposa soy del hombre aquel, ligada
Con lazo tan estrecho como el nudo
Que forma sacro voto; sí, y el Mártes,
De noche, en su emparrado, oh noble duque,

Como á mujer me conoció. Si es cierto,
 Dejad que de este suelo me alce honrada;
 Si nó, por siempre aquí enclavada quede,
 Hecha marmórea estatua.

ANG. Hasta este instante

- Tomélo á risa; ahora, oh noble duque,
 A mi derecho libre vuelo otorga:
 Perdí ya la paciencia. Bien percibo
 Que estas pobres mujeres instrumentos
 Son nada más de algun poder más alto
 Que las incita. Dame rienda, oh duque,
 Para desentrañar tan torpe trama.

DUQUE. De todo corazon; y á gusto tuyo
 Castígalos sin miedo. Necio fraile,
 Y tú, mujer perversa, conjurada
 Con la que fuése há poco, ¿ crees, ilusa,
 Que atestiguar podrán tus juramentos,
 Aunque bajar hiciesen en su apoyo
 A cuantos santos en el cielo moran,
 En contra de su mérito y valía,
 A que mi aprobacion el sello puso?
 Escalo, asiento toma al lado de Angel,
 Y préstale tu auxilio; logre pronto
 Dar con la fuente de esta inicua trama.
 Hay otro fraile que azuzó á las necias;
 Que vayan en su busca sin demora.

FR. P. ¡Ay, estuviera aquí! que él fué, por cierto,
 Quien excitó á tal queja á las mujeres.
 Sabe el alcaide el sitio en donde pára;
 Y puede traerle.

DUQUE. Vé por él al punto. (Vése el Alcaide.)
 Y tú, mi noble y muy probado primo,
 A quien importa averiguarlo todo,
 Obra como mejor te pareciere
 En esta injuria: elige tú el castigo.
 Por breve rato os dejo; mas vosotros
 No os levanteis hasta fallar severos
 La causa de estos tres calumniadores.

Esc. Se hará cumplidamente, noble duque.

(Váse el Duque.)

¿Señor Lucio, no digisteis que conociais á ese fray Ludovico por persona deshonesto?

Lucio. *Cucullus non facit monacum*; honesto nada más que en su traje; y uno que habló pestes del duque.

Esc. Os suplicamos que os quedeis aquí hasta que llegue, para declararlo así en su presencia. Este fraile debe ser mozo de provecho.

Lucio. Como no hay otro en Viena.

Esc. Llamad á la tal Isabel. Quisiera hablar con ella. (Váse un criado.) Permite-me, señor, que la interrogué, verás cómo la manejo.

Lucio. No mejor que él, segun su propia confesion.

Esc. ¿Deciais?

Lucio. Digo, señor, que creo que si la manejarais privadamente, confesaria ántes; quizá podria avergonzarse en público.

Esc. Pronto la dejaré á oscuras.

Lucio. Bien pensado: las mujeres echan chispas á media noche.

Salen ALGUACILES con ISABEL; y el ALCAIDE con el DUQUE, disfrazado de monje.

Esc. Venid acá, doncella; aquí hay una dama que niega cuanto habeis dicho.

Lucio. Señor mio, aquí viene el bellaco de quien os hablé; viene con el alcaide.

Esc. En buen hora; no le habléis hasta que yo os lo mande.

Lucio. ¡Chiton!

Esc. Acércate, amigo. ¿Instigaste á estas mujeres para que calumniaran al conde Angel? Ellas afirman que sí.

Duque. Es falso.

Esc. ¡Cómo! ¿Sabes dónde estás?

Duque. ¡Respeto á vuestro cargo! Y al demonio
Honren alguna vez por su igneo trono.

¿Dónde está el duque? Él es quién debe oirme.

Esc. El Duque está en nosotros, y mandamos
Que tú nos hables; habla, pues, con tiento.

Duq. Con brío, al ménos. Pero ¡ay, pobres almas!

¿Venís del lobo á reclamar la oveja?

¡Adios remedio entónces! ¿Fuése el duque?

Con él vuestra esperanza. Ha sido injusto

El duque en rechazar vuestra demanda

Tan manifiesta, y en poner en boca

Del pérfido villano, á quien quejosos

Venís á delatar, el fallo vuestro.

Lucio. Este es el aquel de quien hablé. ¡Bellaco!

Esc. ¡Oh fraile irreverente, oh inicuo fraile!

No basta haber comprado á estas mujeres

A fin de calumniar á un hombre digno.

Osas tambien con torpe boca, en propio

Oido apostrofarle de villano?

Y luego criticar al mismo duque,

Tachándole de injusto. Preso vaya.

¡A la cárcel con él, y luego al potro!

Te descoyuntaremos hueso á hueso

Hasta saber tu intento. ¡Injusto el duque!

Duque. No te acalores tanto: ántes osara

El duque dar tormento al propio cuerpo,

Que desdoblar un solo dedo mio.

Su súbdito no soy, ni de esta tierra;

Me hizo la ocupacion que aquí me trajo

Observador en Viena, en donde he visto

Hervir la corrupcion á borbotones,

Y rebosar; su ley á cada falta;

Y estas tan consentidas que las leyes,

Como lista de multas en taberna,

Tan burladas están como á la vista.

Esc. ¡Calumnia á la república! ¡A la cárcel!

Ang. ¿Qué ofensa puedes imputarle, Lucio?

¿Es éste el hombre aquel de quien hablabas?

LUCIO. El es, señor. Ven acá, compadre testacalva. ¿Me conoces?

DUQUE. Os reconozco en el timbre de la voz. Os encontré en la cárcel, durante la ausencia del duque.

LUCIO. ¿Conque me encontraste? ¿Y te acuerdas de lo que dijiste del duque?

DUQUE. Muy bien, hidalgo.

LUCIO. ¿Conque muy bien? ¿Y es el duque un putañero, un necio y un cobarde, como afirmaste entónces?

DUQUE. Antes de decir que yo afirmé tal cosa, debierais trocar nuestros papeles. En efecto, vos hablasteis mal de él; y mucho peor que eso, muchísimo peor.

LUCIO. ¡Oh, condenado pícaro! ¿No te dí yo un tiron de narices por haber dicho tales cosas?

DUQUE. Protesto que quiero al duque como á mí mismo.

LUCIO. Mirad cómo el tunante quisiera suspender la plática, despues de colmarle de calumnias.

Esc. No hay que perder palabras con semejante bellaco. ¡A la cárcel con él! ¿Dónde está el alcaide? ¡A la cárcel con él! Ponle bastantes grillos; no permitas que siga hablando; y llévate tambien á esas locuelas, y al otro conjurado.

DUQUE. (Al Alcaide.) ¡Espera! ¡poco á poco!

ANG. ¿Qué, se resiste? Ayudadle, Lucio.

LUCIO. Vamos, fraile; vamos fraile; vamos fraile; no te desmandes, fraile. ¿Qué es esto, bellaco calvo, embustero? ¿Siempre has de estar encapuchado? ¡Hola! Enseña esa cara de bribon; y mala landre te pudra. Enseña esa cara de ladrón de ovejas, y déjate ahorcar por una hora. ¿No quiere?

(Quita la capucha al fraile y descubre al Duque.)

DUQUE. Es el primer bellaco que hizo un duque.

Salgo fiador por estos tres, alcaide.

(A Lucio.) No te escabulles, buen amigo; aún tiene
Que hablar contigo el fraile. Echadle mano.

LUCIO. Esto va á ser peor que degollarme.

DUQUE. (A Escalo.) Perdonó tus injurias. No te muevas.
Que él va á cederme el puesto. (A Angel.)

Con permiso.

¿Tienes palabra, astucia, ó vil descaro
De que aún valerte puedas? Si los tienes,
Confía en ellos hasta el fin del cuento,
Y tiembla entónces.

ANG. ¡Oh, tremendo duque!

Aún más culpable que mi culpa fuera,
Si pensara encubrirme de tu enojo,
Sabiendo que observaste mis maldades
Como el poder divino. No; suspende,
Por tanto, de mi oprobio el triste juicio;
Mi propia confesion, mi exámen sea.
Fallo inmediato, y luego pronta muerte
Por toda gracia pido.

DUQUE. Ven, Mariana.

(Se acerca Mariana.)

(A Angel.) ¿De ser su esposo alguna vez le diste
Palabra á esta mujer?

ANG. Díselo, Alteza.

DUQUE. Vé, pues, con ella, y cúmplela al momento.

Cásalos, fraile; y consumado el rito,
Vuelve con él acá.—Síguele, alcaide.

(Vánse Angel, Mariana, Fray Pedro y el Alcaide.)

Esc. Me asombra más, Alteza, su ignominia
Que la rareza de este lance extraño.

DUQUE. Acércate, Isabel. Trocóse en duque
El fraile aquel; y así como era entónces
Tu consejero cauto y fiel amigo,
No mudando de intento con el traje,
Sigue siendo tu amigo y consejero.

ISAB. Perdona, Alteza, si vasallo humilde
Osé emplear y molestar cansada

Tu ignota majestad.

DUQUE. Perdon te otorgo,
 Dulce Isabel; no ménos franca ahora
 Sé tú conmigo. Sé que cruda aflije
 Tu corazon la muerte de tu hermano;
 Y extrañarás, sin duda, que encubierto
 Haya tratado de salvarle sólo,
 Y no haya preferido hacer violenta
 Ostentacion de mi poder oculto,
 A abandonarle así Niña adorable,
 Fué la rauda premura de su muerte,
 Que con más tardo pié, creí, vendria,
 La que frustró mi intento. ¡En paz descanse!
 Es más feliz el que morir no teme,
 Que el que temiendo vive. Sírvote eso
 De alivio: dicha tal logró tu hermano.

ISAB. De alivio y de consuelo, noble duque.

Salen ANGEL, MARIANA, FRAY PEDRO y el ALCAIDE.

DUQUE. A aquel recién casado que se acerca,
 Cuyo lascivo intento, sin embargo,
 Osó ultrajar tu honor inexpugnable,
 Es fuerza perdonar por Mariana;
 Mas ya que ajustició crudo á tu hermano,
 (Siendo de doble violacion culpable:
 De sacra castidad y fe jurada,
 Por la que prometió salvar á Claudio)
 La merced misma de la ley reclama
 A voz en grito, por su propia lengua:
 «Un Angel por un Claudio; á muerte, muerte.»
 Amor da amor, odio, odio en esta vida;
 No bien por mal; MEDIDA POR MEDIDA.
 Por tanto, está tan claro, Angel, tu crimen,
 Que con querer negarlo, lo agravaras.
 Al tajo te condeno donde Claudio
 Halló la muerte, y con igual premura.
 ¡Llevadle, pues!

- MAR. Espero, oh noble duque,
Que no fué mera burla el darme esposo.
- DUQUE. El fué quien te burló con darte esposo.
Para salvar tu honor juzgué prudente
Apresurar tu boda: de otra suerte,
Habiéndote él gozado, la calumnia
Pudiera ajar tu vida, ahogar podria
Tu dicha por venir. Su hacienda toda,
Si bien, segun la ley, me corresponde,
En viudedad y posesion te entrego;
Así podrás lograr mejor marido.
- MAR. Otro no quiero, ni mejor, Alteza.
- DUQUE. No ruegues, nó, por él: estoy resuelto.
- MAR. (Se arrodilla.) ¡Oh noble duque!...
- DUQUE. En vano te fatigas.
Llevalle al rollo, y muera. (A Lucio.) A vos ahora.
- MAR. ¡Mi buen señor! ¡Dulce Isabel, tu ayuda!
Préstame tus rodillas, y en tu auxilio
Te prestaré mi vida mientras viva!
- DUQUE. Contra todo sentido la importunas.
Si de hinojos por él merced pidiese,
La sombra de su hermano romperia
Su embaldosado lecho y entre horrores
De aquí se la llevara.
- MAR. ¡Isabelita!
¡Dulce Isabel! ¡ay! póstrate á mi lado;
En actitud de súplica levanta
Las manos; no hables; yo lo diré todo!
Dicen que los varones más perfectos
Se amoldan entre faltas, y mejores
Llegan á ser los más, siendo algo malos.
Así tal vez le pase á mi marido.
- DUQUE. Él por la muerte de tu hermano muere.
- ISAB. (Se arrodilla.) ¡Oh bondadoso duque! si te place,
Ruégote que á este sér culpable mires
Cual si viviese Claudio; en parte creo
Que noble celo gobernó sus actos
Hasta que á mí me vió; si es cual te digo,

Perdónale, por Dios. Se le hizo á Claudio
 Justicia, nada más; pues fué culpable
 Del crimen por el cual le dieron muerte.
 En cuanto al conde, no alcanzó á su intento
 Su loca accion, y es justo sepultarlo
 Como un intento, muerto en el camino.
 Los pensamientos nunca fueron obras,
 Ni más que pensamientos los intentos.

MAR. No más, señor.

DUQUE. En vano ruegas. ¡Alza!

Me viene ya á las mientes otro yerro.

¡Alcaide, cómo fué que ajusticiaron
 Al pobre Claudio en hora inusitada?

ALC. Así me lo mandaron.

DUQUE. ¿Por escrito?

ALC. No tal, Alteza, por verbal mensaje.

DUQUE. Por eso te despido de tu empleo.

Entrega, pues, tus llaves.

ALC. ¡Ay! perdona.

Creí que era un error, mas lo ignoraba.

Mejor aconsejado arrepentíme;

Y en prueba de ello queda allá en la cárcel

Un preso cuya vida puse en salvo,

Quien de otra suerte hubiera sucumbido

Por orden reservada.

DUQUE. ¿Quién es ése?

ALC. Se llama Bernardino.

DUQUE. Bien quisiera

Que lo mismo con Claudio hubieses hecho.

Vé, tráele acá, que quiero ver su rostro.

(Váse el Alcaide.)

Esc. Lamento que hombre tan prudente y sabio,

Angel, cual tú me pareciste siempre,

Haya faltado de tan torpe modo,

Soltando el freno á su sensual deseo,

Y obrando luego sin maduro juicio.

ANG. Lamento ser la causa de esa pena.

Y tal lo siente el alma arrepentida,

Que ántes anhele muerte que clemencia:
Muerte no más merezco, y muerte pido.

Sale el ALCAIDE *con* BERNARDINO, CLAUDIO *embozado,* y JULIETA.

DUQUE. ¿Cuál es el Bernardino?

ALC. Aquel, Alteza.

DUQUE. Háblome de este mozo cierto fraile.

Que eras un alma terca me decia,
Que nada temes más allá del mundo,
Y así es tu vida. Fuiste sentenciado,
Mas te perdono tus terrenas culpas;
Procura que te guíe mi clemencia,
A porvenir mejor. Le dejo, fraile,
A cargo tuyo; vé. ¿Y el encubierto?

ALC. Es otro preso á quien salvé la vida.

Debió morir al ser decapitado
Claudio; y su vera efigie, á fe, parece.
(Desemboza á Claudio.)

DUQUE. (A Isabel.) Si efigie es de tu hermano, por su
[causa

Absuelto quede; y por tu causa, hermosa,
Dame la mano; y dí que serás mia,
Y él mi hermano será. Pero eso luego.
Por esto el conde ve que está seguro.
Brillan sus ojos con más fuego, creo.
A fe, tu crimen, Angel, bien te paga:
Ama á tu esposa, honor su honor te preste.
Clemencia extraña siento en mí; con todo,
Hay uno aquí que perdonar no puedo.

(A Lucio.) Bellaco, tú, que sabes que soy sandio,
Cobarde, disoluto, un asno, un loco.

¿En qué he podido merecer concepto
Tan singular de ti, que así me ensalzas?

LUCIO. A fe, señor, lo dije... así, como cosa corriente. Si te place ahorcarme por ello, en tu mano está; pero más quisiera que fuese tu gusto mandarme azotar.

DUQUE. Primero unos azotes, luego á la horca.

Alcaide, haz pregonar por toda Viena
Que si hay mujer alguna á quien agravio
Haya inferido este bellaco infame,
(Le oí jurar yo mismo que una habia
A quien dejó con hijo) que aparezca ;
Se casará con ella, y terminada .

La boda, que le azoten y le ahorquen.

LUCIO. Ruego á vuestra Alteza que no me case
con una ramera. Vuestra Alteza mismo dijo há
poco que yo le habia hecho duque; mi buen se-
ñor, no me recompenseis con hacerme cornudo.

DUQUE. Te casarás con ella, por mi vida.

Perdono tus calumnias, y con ellas
Aun tus demas ofensas. Vaya preso ;
Y haced que en esto mi órden fiel se cumpla.

LUCIO. Casarse con una ramera, señor, es peor
que morir prensado, zurrado y ahorcado.

DUQUE. El calumniar á un duque lo merece.

(Váse Lucio entre alguaciles.)

Su honor devuelve, Claudio, á la ultrajada.

¡Vive feliz, Mariana ! Amala, Angel:

La he confesado, y su virtud me consta.

Por tu lealtad, Escalo amigo, gracias :

Un parabien mayor luego te espera.

Gracias por tu reserva y celo, alcaide:

Te empléaremos en más digno puesto.

Angel, perdona á aquel que la cabeza

De Ragozin te dió por la de Claudio:

Es falta que á sí misma se redime.

Dulce Isabel, mi pecho un ruego aún guarda

Que es por tu bien. Si quieres bondadosa

Prestarme oido atento, y sin desvío,

Tuyo lo mio será, lo tuyo mio.

A mi palacio, pues ; y de mi boca

Nuevas oireis que, á fe, saber os toca. (Vánse.)